



TORRES Vargas, Georgina Araceli. *La biblioteca virtual ¿qué es y qué promete?* México: CUIB-UNAM, 2000, 127 p.

**Reseña elaborada por
HÉCTOR GUILLERMO ALFARO LÓPEZ**

El ensayista Sven Birkerts cuenta en su libro apocalíptico sobre la cultura impresa *Elegía a Gutenberg. El futuro de la lectura en la era electrónica*, una anécdota personal que muestra claramente la actitud y la mentalidad que priva en todos aquellos que han quedado cautivos (en su doble sentido de fascinados y prisioneros) de las seductoras maravillas futuras que la cibernética ofrece. En su juventud Birkerts llevaba con un amigo una tienda de libros raros y antiguos y en una ocasión un profesor de literatura de la universidad de Detroit les pidió que fueran a tasar su biblioteca porque quería venderla toda. Era una biblioteca que satisfaría los gustos más exigentes tanto en calidad como en cantidad; una colección asombrosa que revelaba la sensibilidad de un amante de los libros. Sin mayores regateos el profesor aceptó la primera oferta que se le hizo para vender sin ocultar su ansiedad por deshacerse de todos sus libros. Al preguntarle el amigo de Birkerts si el motivo de la venta era que se estaba mudando, el profesor contestó: “Me voy del negocio de la enseñanza. Dejo los libros”. Y les pidió que lo acompañaran al sótano para mostrarles lo que en el fondo motivaba su transacción: sobre una mesa se encontraba una computadora. Emocionado se esmeró en mostrarles su funcionamiento, mientras decía: “Estoy cambiando mi vida. Definitivamente todo lo que ocurra ocurrirá con estos aparatos”, por lo mismo, “no quiero volver a ver ninguno de esos libros en toda mi vida”. Además añadió que ya tenía ofertas de trabajo interesantes que, obviamente, se relacionaban con la computación. Como colofón de esta terrorífica anécdota Birkerts escribe el siguiente epitafio: “La escena se me quedó grabada. Constituye ya una especie de hito en mi vida mental. Aquella tarde tuve la primera noción seria de que no todo marchaba bien en el mundo de lo impreso y de las letras. Siguieron toda suerte de confirmaciones. Nuestro profesor no era un caso aislado, ni mucho menos. A lo largo de un período de dos años conocimos a otros como él. Eran mujeres y hombres que habían vislumbrado el futuro y decidido cambiar mientras todavía fuera ventajoso hacerlo. A veces vendían los libros por razones económicas, pero también se daba la necesidad de quemar las naves. Era como si afrontar el futuro exigiera la destrucción de los símbolos del pasado”.

En la cortante frase última de las palabras de Birkerts queda compendiada la esperanza y tragedia de todos aquellos que quedan absortos ante las posibilidades

y promesas de la tecnología cibernética. Individuos que a semejanza de aquellos personajes bíblicos no deben voltear atrás a riesgo de convertirse en estatuas de sal: sólo ven hacia delante, quemar las naves y los símbolos del pasado es la única vía libre para salvarse. Es la primera vez que esta curiosa paradoja de apostar por el futuro a costa de la destrucción del pasado se le presenta con toda crudeza al hombre desde que éste consolidó su conciencia histórica. Conciencia que además utilizó como vehículo de expresión la escritura, cuyo soporte durante más de dos mil años fue el libro, el cual simbolizó la continuidad y unidad histórica de la civilización. Hasta hace muy pocos años todavía era posible concebir un mejor mundo futuro a partir de la recuperación y continuidad con el pasado. Pero esta visión de unidad del tiempo histórico comenzó a fracturarse con el advenimiento de las sociedades postmodernas. Postmodernidad que radica precisamente en la preponderancia dada a la tecnología electrónica. Tecnología en permanente expansión y perfeccionamiento que tiende a universalizarse y cubrir las diversas regiones del planeta; expansión que se traduce en la interconexión de distintas sociedades e individuos, de modo que incluso la vida cotidiana de éstos ha terminado por ser poblada por toda clase de aparatos electrónicos. Por eso su horizonte visual y vital está cubierto por la tecnología y le impide ver que lo que está más allá de ese horizonte es más vasto, rico y complejo. Parafraseando al dubitativo Hamlet shakespereano bien puede decirse: “Hay más cosas sobre el cielo y la tierra que lo que toda tu tecnología pueda siquiera imaginar.” Pero el poder de la tecnología radica en que no nos permite imaginar un más allá de ella, sino sólo a partir de ella. Esa vastedad que está más allá del horizonte tecnológico es la casa de lo humano, en la que habitan la historia, las formas de organización social y sus correspondientes contradicciones, la razón y los sentimientos; en suma, todas las ambigüedades inherentes a lo humano, incluyendo su grandeza y su miseria. Sin embargo, al centrarnos sólo en el ámbito tecnológico lo que se nos vende es la simplicidad y perfección formal de su estructura lógica, “incontaminada” por las ambigüedades humanas, lo que por otra parte nos impide darnos cuenta, o lo que es peor, nos lleva a no querer ver que éstas se filtran por todos lados y que incluso están dentro los fotones de luz que viajan por la fibra óptica. Ante la simplicidad y perfección que nos ofrece el mundo futuro signado por esas mismas virtudes ¿cómo no elevar ditirambos que proscriban cualquier conato de crítica; cómo no quemar todas las naves; para qué solazarse con el pasado que sólo es la historia de la imperfección y la prolijidad del error (horror) humano? El profesor de la anécdota de Birkerts bien conocía esa historia porque la literatura que enseñaba en la universidad era la grandiosa crónica de la ambigüedad humana; por esa razón apostó todo a la sola carta de la promesa futura que ofrece la tecnología computacional. Lo que por otra parte simboliza la metamorfosis (sin connotaciones kafkianas, por supuesto) del humanista convertido en tecnólogo: simple incineración de las naves del pasado libresco (y humanístico) ¡Futuro a la vista!

Ahora bien, si la tendencia futurista nacida de la tecnología es un síndrome generalizado, entonces se hacen necesarias investigaciones que busquen explicar, desde sus distintas ramificaciones, lo que esa tecnología es y lo que promete. Con tal tarea busca cumplir el libro *La biblioteca virtual ¿qué es y qué promete?* de Georgina Araceli Torres Vargas. El tema de este libro es una de las ramificaciones de la tecnología cibernética: la biblioteca virtual en el cual está implícito el destino del libro. Con puntual diligencia, Georgina describe los antecedentes y definiciones de la biblioteca virtual haciendo hincapié en las diferencias entre las nociones colindantes de biblioteca electrónica, biblioteca digital y biblioteca de realidad virtual. Es por tanto una investigación de bisturí en la que se van haciendo los cortes que buscan afinar las nociones y conceptos que explican las distintas expresiones a las que va dando lugar la tecnología en el ámbito de la biblioteca. Pero lo que esto deja también en evidencia es la vertiginosa dinámica de cambio, de permanente transformación que impulsa al desarrollo tecnológico, lo que redundará en la moviente conceptografía a la que de una u otra forma se le escapan las mutaciones que sufre el fenómeno de la biblioteca. De ahí que el libro de Araceli tenga no poco de la pasión de Sísifo.

Es en la última sección del libro, que ventila el problema del acceso a la información, donde la autora adelanta opiniones de mayor interés como es, sobre todo, el acceso universal, que por primera vez en la historia permite que la mayor cantidad de individuos puedan hacer uso sin restricciones de la información. Mas es a partir de este agudo problema, el de la promesa que ofrece la biblioteca virtual, que el libro se lanza decididamente a la persecución del futuro, bien vislumbrado en su dimensión utópica. Cabe por otra parte agradecer la ponderación de la autora a la hora de tratar el aspecto tecnológico y futurista de la biblioteca virtual, lo que contrasta con los prologuistas que envueltos en la ensoñación tecnológica no escatiman el ditirambo ante las posibilidades y bondades futuras de semejante tecnología, y quienes incluso llegan a afirmar que al fin la quimera se va a realizar: "La tecnología ha revolucionado el mundo, por consiguiente la quimera es posible." Aquí el único inconveniente que se le podría hacer al uso de tal imagen es que la Quimera también era un monstruo mítico que llenaba de terror y devoraba sin compasión a todo aquel que la enfrentaba. Aunque esto podría entenderse como la Quimera tecnológica que devora el universo de los libros impresos para deglutirlos en textos intangibles, textos convertidos en imágenes que tienen su lugar de almacenamiento en la biblioteca virtual. Es sobre esta Quimera tecnológica que se montó el profesor de la anécdota de Sven Birkerts, confundiéndola con el ideal que lo iba a conducir a la tierra prometida del futuro. La acuciosa investigación de Georgina por su parte es un llamado a la cordura, y nos advierte implícitamente que antes de montarnos en la Quimera es menester darle una cabal explicación y ser plenamente conscientes de la era que viene reflejada en la biblioteca virtual.